2º PREMIO "XIX CERTAMEN LITERARIO HELÉNIDES DE SALAMINA"
AUTOR: DAVID NIETO RODRÍGUEZ

LOS RENGLONES DEL MAR

I

Yo te dije lo siento y tú arrojaste contra la pared un jarrón de color marrón muy feo que presidía la coqueta habitación. Gritaste palabras que no puedo reproducir y una fuente de ensalada voló por encima de mi cabeza. Y en un principio deseé que nadie nos oyera, porque estaban siendo unas vacaciones magníficas en Tarifa y pensé que todo el hotel ya debía estar al tanto de nuestra pelea. Idiota. Un bramido desangelado y yo me rendí. Suplicando. Aceptando mi culpa, exigiendo mi castigo. Pero en aquel cuarto que se hacía pedazos sólo escuché tus gimoteos, y luego nada, cesaste en el llanto, porque oí correr el agua y pronto la puerta se abrió de nuevo y apareciste, ajustándote la falda, ojos grandes y hermosos enrojecidos por la herida, para sentarte a mi lado y abrazarme, porque entonces, supongo que el que lloraba era yo, y no hacía sino lamentarme por haber sido tan cretino, echando las vacaciones a perder, porque se me olvidan, me da por enterrar recuerdos en algún tenebroso conducto de mis tuétanos... Todos esos asuntos tan importantes. Soy incapaz de...

- No te preocupes- susurraste en mi oído.

Y yo no respondí porque mi boca era agua y cabeceaba intentando recordar, pensar en el eco de las nubes, en aquello que invariablemente olvido...

- Prométeme una cosa... -exigiste

Y yo lo prometí juntando las manos, clamándole a dios, para que nos amáramos siempre y jamás se echaran a perder los recuerdos.
Esa noche insomne, me escabullí de la habitación y contemplé el mar desde la terraza de la habitación. Al día siguiente nos bañaríamos con prisa, porque el lunes era día laborable y, después de todo, había que cumplir, y no se vive del aire, ni de las babas del mar, ni del pasado, ni de la remembranza. Siempre certera anteponiendo la responsabilidad al amor rumoroso del Estrecho. A solas, embriagado por el murmullo de la bajamar, garabateé estas líneas:

Escribíamos los renglones del mar. Tus pies son espuma, las babas del océano envuelto en lejanías. Los espumarajos golpean la costrosa ranura del cielo. Observamos la abertura transparente frente a nuestros ojos, el mapa nervudo de las aguas, a la vez que cuidamos del mundo y rememoramos el olvido, corrigiendo a cada pisada, los renglones del mar...

Una tarde salí muy tarde de la oficina. Lo reconozco. Tomé un par de cervezas con los muchachos porque me sentía cansado, harto de los dolores de espalda, del alienante marchamo de las ocho horas diarias, de la rutina. Les conté a todos lo maravilloso que era el Estrecho en primavera, describiéndoles con exactitud cómo paseabas a media tarde, acariciando las olas con tus tobillos blancos, es una foto que guardo en la mejor suite de mi cocorota, la esbelta delgadez de tus pómulos, una puesta de sol, algo por el estilo.
Cuando regresé a casa te hallé medio desnuda. Sentada en el retrete. Te habías caído. El pelo revuelto. Un hilillo de sangre seca se adhería a tu sien. Un tropiezo en la ducha. No pasa nada. Son accidentes peligrosos pero le pueden ocurrir a cualquiera. Cuando intenté consolarte me correspondiste con un manotazo.

- ¡Idiota!- gritaste a pleno pulmón, mientras una babilla te colgaba de la comisura de los labios.

Supe que habías vomitado pero no me importó y te besé. Pero te zafaste de nuevo y entonces decidí dejarte tranquila, acompasando tu respiración, desnuda, hasta que te invadió la calma. Cerraste los ojos. Y después los abriste. Sorprendida.

- ¿Y tú quién eres?- preguntaste.

A lo que yo respondí:

- El idiota de cada día- y entonces nos abrazamos. Te inscribí a mi lado, como siempre, y entonces me sentí más tranquilo.

Aquella noche, tras cerciorarme de que estabas dormida, abrí mi cuaderno y volví a escribir:

Me he vuelto hacia el oeste. Los pies hundidos en la playa. Polvo blanco. Camina con el viajero y nunca mires atrás. Es una regla. Si no, tendrás que amortajar el cadáver de un perro. Hilos de oro tejen el cielo. Saco de mi bolsillo la marea del lenguaje. El viajero unos pasos más adelante también se detiene, junto al llameante susurrar de las olas. El cordón umbilical del agua perfora mis oídos. Un vientre desnudo, tumbado boca arriba. Apoyo mi cabeza y armonizo curiosidad y desencanto...

II

Trabajando en la habitación olí a chamuscado y volé hasta la cocina. El cazo donde hervía el agua para tus infusiones se estaba quemando. Llegué a tiempo para arreglar el desaguisado. Al salir de la ducha te enfureciste y me llamaste idiota. Sólo a mí se me podía olvidar apagar los fogones. Estabas harta. Pero no repliqué. Sólo quería que estuvieras guapa aquella noche que íbamos a cenar con nuestros amigos. Tardé casi dos horas en convencerte para salir y Carla y Luis nos aguardaron pacientemente. Ella atravesaba una

mala época porque su madre había fallecido. Se la notaba triste. No demostraste suficiente delicadeza cuando nos mostró una foto de la buena señora y empezaste a carcajearte sin motivo. Tuve que acompañarte al balcón y respiramos el aire de la noche en la ciudad. Ante nuestros ojos parecía un campo repleto de luciérnagas, volteando viejos recuerdos, empañando el alma, de alguna manera, pero tú dejaste manar el llanto durante unos segundos para luego susurrarme.

- Esto es una mierda. Vámonos.

Y nos marchamos de aquella casa, aún sin probar el postre, para regresar a nuestra trinchera, alarmados, porque estabas convencida de que alguien nos estaba siguiendo. Carla era una bruja y quería vengarse por lo de su madre.
Pero yo le resté importancia y, ya de madrugada, evocando la silueta electrificada de la ciudad estival, me lancé a trazar unas palabras:

Sólo he venido a vaciar la arena de mis bolsillos. Respeto tu libertad. Es un alga metálica atrapada entre las rocas. Allá a lo lejos. Junto a las corbetas y los destructores. Entre los trópicos del deseo y la imaginación. Frío y calor en una nube de vapor que escupe el viento. Veo una mujer y un hombre. Sentados. Un pareo de marfil anudado de espuma. Caminan hacia el sur en busca del ojo muerto que el gran pez envarado dejó enterrado en la arena...

III

- ¿Cómo estás, querida?- preguntó Jorge.

Y no respondiste. Cruzaste las piernas enseñando medio muslo. No querías hablar. Lo entiendo. Entonces Jorge dirigió la conversación hacia mí. Tengo mejor carácter, has de reconocerlo, aunque no sea capaz de imaginar lo que

estás sufriendo. Hablamos un poco de fútbol. De las vacaciones. Sus hijos se habían matriculado en una universidad americana. Me alegré por ello. Esperábamos que nuestra conversación fuese distendida y quizá tú te relajases un poco y participases de ella. Pero no estabas de acuerdo.

- Sabelotodo- le increpaste-. ¿Tú qué sabrás lo que siento si no has perdido ningún hijo?

Y Jorge contuvo la respiración y yo capeé el temporal como pude. Porque tú y yo jamás tuvimos hijos. Ni abortos. Ni desgracias de esa naturaleza, afortunadamente. Hace años hablamos del asunto y te negaste en redondo. Me considerabas un irresponsable. Incapaz de cuidar de mí mismo. Inhabilitado para cuidar de los demás.

- Si no fuera por mí, las plantas se morirían- me repetías con asiduidad.

Pero hace meses que se nos murieron las plantas. Eran dos. Una en la cocina y otra en el balcón. Les pusimos un nombre pero se me olvidaron. Dichosa cabeza la mía. Después de todo no puedo escaquearme en ese tema. Pudiera ser también mi culpa. Soy el idiota de la casa y ambos lo sabemos.

Al salir de la consulta quise llevarte a cenar. Dijiste no. Podemos ver una peli en el centro. Antes te gustaba mucho pasear por el corazón palpitante de la gran ciudad. Negaste con la cabeza. Aturdida. Las calles de esta ciudad de mil pieles pueden turbar al más pintado.

Sugerí volver al barrio y emprender una saludable excursión nocturna, cogidos de la mano, hablando de todos los demás que no somos nosotros.

- Tú lo que quieres es toparte con la vecina. Sé que la espías por la ventana y te masturbas- acusaste.

Pero la vecina tenía setenta y cuatro años y no era de mi gusto, la verdad, simpática, eso sí, pero nada más lejos de considerarla una mujer apetecible.

De regreso a casa te diste un baño y pronto cerraste los ojos. Grandes. Estrellas madre en la espalda del océano, cercado por finos pómulos como dunas de arena fina y compacta.
Yo me serví un güisqui en el salón y escuché ese disco que tanto te gusta. Aún se olía a quemado. Luego abrí el cuaderno:

El viajero siempre flota. Surca profundidades con la misma facilidad que los delfines engullen salitre. Nadie se ahoga en estos mares. Otros lo intentaron. Pero el viajero siempre sale a la superficie. Las mejillas sobre la arena de su vientre. Los rostros ocultos tras las ventanas. Nadie mira mi mano en su cintura. Solo tengo una embarcación para partir, pero tú vendrás conmigo...

IV

El domingo volví de comprar el periódico y me esperabas desnuda en la cama. Hicimos el amor con desesperación y luego salimos a dar una vuelta. El cielo nos regalaba un hermoso azul esmaltado y nos sentíamos felices. Comimos una ración de gambas en el bar de la esquina y nos enchispamos con tres vermuts. Me gustó otear tu risa en la sobremesa azulenca, exprimiendo tu alma nacarada con cada una de mis gracias. Pero ya en la calle te alarmaste porque alguien nos seguía. Soldada a mi brazo, apretaste el paso sin dejar de mirar atrás. Te sentías aterrada. Pánico. Yo hubiera dado mi vida por tus finos tobillos, lo sabes. Traté de calmarme y propuse sentarnos y esperar a que se te pasaran los cien males. Pero tú te enfadaste conmigo. Idiota. Y juraste que jamás saldrías de casa. Que llamarías a la policía y presentarías una denuncia. Que el barrio no era seguro. Que alguien te quería asesinar por algo que hiciste en el pasado, pero que yo no lo sabía, no pretendías involucrarme, me querías demasiado.

Espías del siglo veintiuno. Nada del otro mundo. No debía preocuparme. Tu boca es mi cielo. Reduzco mi mundo a tu espalda, rodando por lacerantes caminos hacia ningún sitio. Verde. Rojo. Tu boca.
Ya en casa fingí llamar a la policía y tú parecías estar más serena. Pasamos el resto del día viendo la televisión.
A media noche hurgué en las páginas de mi cuaderno. Vigilando tu sueño en la quietud púrpura del hogar.

El que echamos una noche y otra cuando apetece, cuando obliga el sacro matrimonio, galones de matriarcado, cuna de ceniza, me dijiste que no éramos nada, humildes siervos, tan sólo dios y universo guían nuestros pecados, pero rezamos por nuestras almas abrazando sábanas turquesas por reinas y reyes que siempre yacen en subsuelos para convencernos de que no existe nada, excepto nosotros, cristo sobre la cruz lamiendo sus heridas, versículo sesenta y nueve es echar un polvo cuando tienes ganas y hace falta, siempre descubres que pase lo que pase polvo eres y la primavera te convertirá en avalanchas de pétalos vistiendo un manto de nieve sobre arena arribando mares en el cielo...

V

Una tarde escuchábamos en silencio la cellisca arañando el cristal y yo propuse que te arreglaras un poco. Sugerí aquel vestido que llevabas el año pasado en la playa del Estrecho, uno blanco que ordenaba las olas, ése que acostumbra a salir en la foto de mi cocorota, en mi cuaderno de amanuense taciturno, a lo que respondiste que vale, que era una idea magnífica. Y así dispuse velas en el salón y cocina de arte y mimo. Nuestros manjares favoritos. Dos horas en la ducha para aparecer con tu vestido en blanco. El maquillaje corrido y una pequeña brecha en el occipital. No quise curártelo.

No quise romper la magia. Pese a todo estabas preciosa. Mi chica. Mi amor. Tus pómulos se acentuaban bajo el rimel desparramado.

Me emocioné por verte tan bella. Y besé tus labios guiándote hasta la mesa. Deduje que ningún pequeño percance podría estropear nuestro gran momento. Hablamos de los viejos tiempos y de nuestras vacaciones. Iríamos a Egipto. Querías visitar las pirámides legendarias y el Nilo. Ancianos orígenes de la civilización. Me pareció una gran idea. Hacía tiempo que no hablábamos de asuntos agradables.

Aunque no probaste bocado he de confesarte que el pato estaba algo pasado pero se dejaba comer. Aliñado con una magnífica cosecha de vino tinto que yo guardé para las grandes ocasiones, para las mejores visitas. Llegado el postre te echaste a llorar. Raudo corrí para abrazarte. Me apartaste y te quedaste muy quieta. El maquillaje se fue a hacer puñetas definitivamente pero juro que me pareciste la mujer más admirable de la tierra.

- ¿Y tú quién coño eres?- espetaste.
- Soy yo.
- ¿Y tú quién coño eres?- repetiste.
- El idiota que te quiere. Ya me conoces. Igual quema un cazo como elabora la nueva cocina del barrio.
- Idiota.
- Claro, cariño.

Y luego te serenaste, de un momento a otro, como un látigo de fuego ordenando la tormenta creciente, y retomamos el tema de verano. De las viejas anécdotas que siempre nos hicieron reír. Nuestros pequeños y entrañables viajes. Mi incorregible afición a olvidar las cosas, el cumpleaños de tu madre, nuestro aniversario, recoger las entradas para el teatro.

Luego te retiraste con una sonrisa y no me resistí a foliar mi cuaderno.

Nuestras espaldas acarician el sur. Otro mundo silente y transmarino. El origen está dentro de una tonelada de hormigón, en el estómago de una ballena fosilizada. ¿No oyes nuestros nombres? Alguien nos llama. Mecemos la pasión hasta agotarnos. Hundiré mi embarcación y te guardaré un sitio...

VI

Cuando escapé del trabajo las nubes desfilaban hacia el sur. Gruesos trozos de algodón grisáceo que se aglutinaban con torpeza al otro extremo de la ciudad. Lo primero que vi fueron las luces del Samur. Luego la mirada peristáltica de un coche de policía. Solté mi maletín de títulos en blanco y corrí escaleras arriba. Olí a quemado. Mi cabeza voló hacia un universo de cazos carbonizados y largas piernas zambulléndose en las llamas. Te encontré desmadejada en un sillón, atendida por tres sanitarios que vendaban tus muñecas. Un agente uniformado me hablaba muy alto, muy bajo, demasiado despacio para mi discernimiento. Tiene que firmar aquí. Ya está estabilizada. Luego alguien te preguntó y tú me señalaste.

- No le conozco- acusaste, debilitada-. No sé cómo se llama.

Los sanitarios me miraron con cierta sospecha. No se preocupen, tranquilicé, pero tu dedo seguía en alto, acusándome. Cuando se hubieron largado te estreché entre mis brazos y luego encargué arroz con gambas, tu plato favorito. Sonaba nuestra canción.

- Es nuestra canción- musitaste, llevándote una venda a los ojos. Llorabas.

Aquella noche nos dormimos abrazados. Entre mis brazos, abarcando nuestro mundo, rezaba para que nada cambiara, para que nunca te fueses, no había razón para virar el rumbo, te quería, con todas mis fuerzas, porque te había hecho una promesa y juré sobre las babas del mar.

Acunando tu flaqueza entre mis brazos tuve tiempo de alargar la mano hacia un papel en blanco.

Ahora que ya no vienen los pescadores por aquí y estamos tan solos, partiremos hacia la última ciudad enjaulada. A escuchar frotarse el viento entre dos lenguas. ¿Te imaginas planear sobre una barricada hendida en las aguas? Entre dos mares. Sólo tendrás que extender los brazos y cerrar los ojos...

VII

A finales de septiembre te propuse regresar a la playa del Estrecho, pero tú objetaste que preferías el norte, porque los días son más cortos y las aguas más frías. Te vendría bien. Viajamos en coche, tal como nos gustó hacerlo siempre. Con un mapa en la mano y el maletero lleno de risas para los cambios de viento. Arribamos en Asturias y nos encantó el margen caleidoscópico de los pueblos encerrados en rocas, los faros alumbrando nieblas, los recodos alfombrados de escabrosa verticalidad, acantilados, sidra y afables hombres que gritaban en nuestro oído.

Aseguraste que nos quedaríamos. Que no regresaríamos a Madrid. Habíamos nacido para vivir entre relieves irregulares de granito, serpenteando por comarcales sinuosas, replicando a los lugareños, pescando recuerdos entre cantos de sirenas varadas.

- ¡Te quiero!- me gritaste en la playa del Aguilar, con un fondo de oleajes abiertos, pestañas del mundo.

Y luego hice una foto que jamás olvidaré. Tus tobillos blancos golpeados por la espuma del océano. Riendo. Y yo señalando el norte, cuna de marineros, de civilizaciones bárbaras y orgullosas. Y tus pómulos se acentuaban como nuestro afán por permanecer juntos. Cogidos de la mano. Cuidando de una playa. Custodiando el mundo. Cerrando tras de nosotros las legendarias calendas de los profetas, los amantes, los cautivos.

- ¡Prométemelo!- gritaste, exultante.

- Te lo prometo- susurré, besando tus labios, cerrando de un golpe surcos del tiempo, disolviendo láminas del alma.

Un buen día nos despertamos y ordenaste volver a casa. Había que trabajar. No se puede vivir del aire como no se puede sostener castillos en el aire.

Tu cintura en mis manos es un paraíso salobre.

Vestidos blancos arrancados por ángeles proscritos. Manitas de niños enterrados en la arena. Luces del alba, inmaculados, tiempos de los amantes...

Seremos invisibles...

Tu cuerpo cimbreándose al otro extremo del mundo, delgado, cuencas que extirpan ojos delatando el dolor del amor cantábrico.

Hoy ya no tendrán que buscarme...

Tus pies avanzando sobre mi pecho, lacerante olvido, hermoso vocablo, cuando los livianos pechos chocan contra el marco incontenible de la marea. Paraíso.

Encontrarán mis palabras en la llanura. Tras las montañas...

VIII

Meses más tarde, en una luctuosa mañana de cielos líticos decidí volver a pie. Un largo paseo salpicado con gotas de lluvia. Mis pies nadaban en seroja y algunos goterones se colaron por mis branquias. Sorteando transeúntes presurosos me escabullí como un furtivo siguiendo el rastro de tormenta hasta el skyline de la ciudad. El argos lucífugo de la gran urbe. Me detuve un minuto y empapé mis ojos de cielo, grande, imperfecto. Guiando la memoria evoqué cientos de palomas dibujando tu nombre en el firmamento.
Este camino nadie lo recorre ya, salvo el crepúsculo, pudo pronunciar un sabio. Luego me senté en un banco, a esperar la primavera, pero era consciente de lo imposible, porque estaba solo, y además quería esbozar la perfecta línea de tus pómulos en el limbo.

Antes de abrir el portal me giré de pronto. Deseando sorprender a alguien. Un espía. Un ladrón de corazones. Pero la calle estaba vacía. Sólo transitaba el lamento herido del viento.
Una vez en casa tuve que contener mi voz para no pronunciar tu nombre. La casa era más pequeña, más oscura, más silente. Vivía solo. Era una realidad.
Me desplomé sobre el sofá y abrí mi cuaderno... *Escribíamos los renglones del mar. Tus pies son espuma, las babas del océano envuelto en lejanías. Los espumarajos golpean la costrosa ranura del cielo...*
Recité en voz alta, cerrando los ojos...
Observamos la abertura transparente frente a nuestros ojos, el mapa nervudo de las aguas, a la vez que cuidamos del mundo y rememoramos el olvido...
Porque tú sabes que nadando en el infinito te hice una promesa.
Tienes que acordarte…
corrigiendo a cada pisada, los renglones del mar...

==========0000000==========